DE TOMATES, CACAHUATES Y OTROS DISPARATES

(DISCURSO)

DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES

SALVADOR DÍAZ CÍNTORA

DE TOMATES, CACAHUATES Y OTROS DISPARATES

DISCURSO

ACADEMIA MEXICANA

UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO
1996

Primera edición: 1996

DR © 1996. Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria. 04510, México, D.F.

Dirección General de Publicaciones

Impreso y hecho en México
ISBN 968-36-4644-1

SALVADOR DÍAZ CÍNTORA

Discurso de ingreso a la
Academia Mexicana

pronunciado el 4 de mayo
de 1995

Señor director de la Academia Mexicana
Señoras y señores académicos
Señoras y señores

Acostumbramos todos, al referirnos a nuestra lengua, llamarla lengua materna y no paterna; no ha de obedecer ello a que en cada caso sea más bien hablada la madre que el padre; probablemente se deberá a que el niño habla más con aquélla, que con éste; como quiera que sea, esta manera de expresarnos establece una relación indudable entre madre y lengua; la lengua se bebe, o se bebía al menos, por así decirlo, en la leche materna, y si en algo crecíamos enmadrados era en materia de lenguaje. Fecha entonces la más apropiada, ésta que mis sabios colegas, que no yo, escogieron para mi ingreso a la Academia Mexicana. Fiesta de Santa Mónica, de su madre, pues, para un nativo de Yurirapúndaro, lugarejo agustiniano como ningún otro en estas tierras.

¿Qué decir de la silla que se me ha llamado a ocupar, la silla IX, digo, en su origen del ilustre conde de Heras y en último término de don Ignacio Bernal, descendiente suyo a través del sapien-

tísimo don Joaquín García Icazbalceta? No parece sino que, en el colmo de la gentileza, me hubiera la Academia invitado a escoger la silla que más me gustara. No puedo, entonces, sin nota de ingratitud, dejar de hacerme lenguas en agradecimiento a mis colegas, que obsequiaron así, con creces y unánimemente, la propuesta que de mi humilde persona quisieron hacer los doctores Manuel Alcalá, Rubén Bonifaz Nuño y Roberto Moreno y de los Arcos; reciban todos ellos la expresión, siquiera insuficiente, de mi más sincera gratitud.

Mucho tendría que extenderme si hablara de mi sabio predecesor como lo merece y según me dicta mi admiración por él; fuerza es ser breve. Dice un proverbio zapoteca: Hay muchos caminos; tú escoge el que lleva al corazón de Juchitán. Así fue como don Ignacio, nacido en París, vino a dar, una y otra vez, a Oaxaca; [1] viajero incansable, arqueólogo de enorme prestigio, director del INAH, maestro huésped en Cambridge, Oxford, Harvard, regresaba sin falta a sus largas temporadas en Monte Albán, Dainzú o Yagul. No era ya aquélla la Oaxaca del siglo XVIII, cuya *increíble, espesa frondosidad,* a decir del padre Ajofrín, *sólo con el paraíso puede compararse,* aquélla que cantaba en sus hexámetros nuestro jesuita guatemalteco Landívar:

[1] Arturo Oliveros en *Arqueología Mexicana,* 3, 1993, p. 35.

Undique florentem circumdant aequore campi,
immenso pinguique satis ac divite gleba,
frigus ubi ardenti commiscuit aura calori
temperieque levat pecudesque hominesque
[benigna.
Perpetuis lucent distincti floribus agri,
et vestita ferax foliis vernantibus arbos
altera maturis curvatur prodiga pomis,
altera dum teneros fructus tibi cauta reservat.

(Floreciente, la cercan por todas partes los campos con su llanura inmensa de ricos y gruesos terrones, donde el frío al ardiente calor mezclaron las auras, y ganados y hombres el temple benigno recrea; lucen los prados con adorno perpetuo de flores; ya de vernales hojas un árbol fértil vestido, pródigo al peso se inclina de manzanas maduras, ya el otro, cauto, sus frutos tiernos te guarda.)

No, ya no era así, era ya la tierra erosionada que sabemos, pero de todos modos no menos querida; los nombres mismos de los sitios que exploraba parecen decírnoslo: [2] Yagul, *árbol o palo viejo,* Dainzú, *cerro de órganos,* [3] que nos hace pensar en el *Candelabro* de Velasco. Ni dejó de contribuir al estudio de otras antiguas culturas de México; grandes avances le debe la investigación de los monumentos olmecas, y por lo que

[2] Marcus Winter, *ibid.*, p. 18.

[3] Roberto García Moll (coordinador), *El mundo mixteco y zapoteco,* Inverlat, México, 1992, p. 147.

hace al centro del país, su magnífico libro *Tenochtitlan en una isla* conserva su valor a pesar de cuanto sobre tal materia se ha escrito después. Grande es el hueco que dejan hombres como Ignacio Bernal, y aun modera mi gusto de estar aquí el pensar en los ensanches que habrá menester mi flaco ingenio para que no me quede demasiado grande su silla.

Tema familiar sin duda a don Ignacio, como familiar que fue del gran Icazbalceta, es el que me propongo tratar en este discurso; tema, por otra parte, de actualidad, ahora que la Academia trabaja en la preparación de un nuevo diccionario de mexicanismos. Punto de partida obligado es la obra de Francisco J. Santamaría, continuación del trabajo de don Joaquín, y voy a hablar precisamente de esa obra: *querríamos ver más críticas y menos elogios*, decía nuestro máximo historiador a otro propósito, y aquí, trayendo al mío estas sus palabras, paso a ocuparme de mi asunto.

ANTONIO DE VALBUENA

No diciendo algún disparate
que otro ¿qué va usted a decir?

Característica muy llamativa en el *Diccionario de Mexicanismos* de Santamaría es la virulenta polémica contra la Real Academia, que aflora a lo largo de todo su trabajo, que dirige su argumentación y al mismo tiempo la vicia; él nos habla de "mi credo y mi doctrina lexicográficos (...) contrarios a la Academia y a todas sus hijastras." [4] Bien está que haya uno o varios "académicos más o menos embotellados en la ignorancia", según afirma en su *Carta prólogo* a las *Manganas y peales* del marqués de Guadalupe (1939), pero es lamentable que generalice, ahí mismo, llamándola "sociedad mutualista de discursos cursilones" asegurando que "la pobre Academia es reacia a la enmienda", descendiendo a la grosería cuando ridiculiza el "regoldar insuficiencia en la mesa redonda de los academistas o de los academizantes", o concluyendo, con absoluta falta de lógica: "naturalmente, como don Carlos (Becerra) no es académico, ni puede serlo, ni se acordarán nunca de hacerlo, la obra es un verdadero tesoro lexicográfico." La razón, entonces, o condición de la

[4] *Sv. tomate,* p. 1068.

buena lexicografía es, según él piensa, el no emanar ésta de la Academia.

Tal posición antiacadémica es la normal en Santamaría; alguna vez, sin embargo, se aparta de ella, y entonces, a lo que parece, tampoco muy felizmente; es el caso, digamos, de la palabra *tomate:* Carlos González Peña defendió, en un artículo periodístico, que había que distinguir entre el tomate, verde y pequeño, y el jitomate, grande y rojo, y no llamar tomate a este último, como hace la Academia. No era nada nuevo el alegato de González Peña (1932), más de cuarenta años atrás, el anónimo *Nuevo cocinero mexicano en forma de diccionario* [5] protestaba ya contra esta confusión: "Que los otros europeos confundan el tomate con el xitomate, no tiene nada de extraño, si se atiende a la escasez de relaciones o noticias (...) y al desdén con que afectan ver nuestras cosas; pero que los españoles, que dominaron trescientos años en estas regiones, donde vivieron con sus familias y se acostumbraron a los usos de la tierra, alimentándose con sus frutos, los desconozcan y confundan, no tiene disculpa. Pues lo cierto es que así sucede, y a fe que no tienen razón, pues aunque el tomate y el xitomate sean plantas del mismo género y muy parecidos, sus frutos se distinguen en su forma, tamaño, color y gusto, y no se emplean indiferentemente en los mismos guisados, sino que los unos se usan

[5] Librería de Ch. Bouret, París, 1888.

de un modo y los otros de otro, siendo más general en la cocina el uso del xitomate que el del tomate. Éste es más pequeño que el primero, de color verde, morado oscuro o amarillo, y más agrio; [6] el xitomate, después de madurarse, adquiere diversos colores, como el blanco o amarillo, mas por lo general se pone de un bello rojo". [7]

Contra esta posición del viejo *Cocinero* y de González Peña arremete Santamaría por considerar que "la Academia ha estado en lo cierto en esta vez"; por lo mismo, dice, "aquí vengo a defenderla del cargo injusto que le han hecho." ¡Y hay que ver con qué argumentos la defiende!

Para empezar, y pues que tomate y jitomate son vocablos nahuas, nos dirá unas palabras sobre la terminología botánica en aquel idioma: "La denominación de cosas en las lenguas poco evolucionadas, como la mayoría de las lenguas indígenas de América, es casi siempre genérica" (¡buena rima, don Pancho!); los jitomates, pues, "son tomates, y esto no podrá negarse a la luz de las denominaciones mismas, que incluyen el nombre genérico", y "habría que corregir antes a todos los autores, para poder dar gusto a quienes a este *tomate,* tan *tomate* como otros tantos *tomates,* han querido aplicarle el específico de *jitomate* para diferenciarlo de los demás."

[6] O.c., p. 838.
[7] *Ibid.,* p. 952.

"Corregir a todos los autores", dice Santamaría, pero no cita, como procuraba hacerlo siempre don Joaquín, un solo novelista mexicano, un poeta popular, un historiador, un cocinero siquiera. ¿Qué autores hay, pues, que corregir? A no ser que llamemos así a los de etiquetas de jugos enlatados, que nos anuncian jugo de tomate y no de jitomate, y que no lo hacen así ciertamente por apegarse al uso académico, sino al yanqui, puesto que *tomato* se deriva de aquél; trátase, pues, en el caso, de gringada, no de academicismo.

Baste lo dicho por lo que hace a la corrección de "autores"; en cuanto a que *jitomate* especifique, por medio de su primera sílaba, correspondiente al elemento *xic* —, de *xictli,* ombligo, un tipo determinado de tomate, es eso precisamente lo que hace la nomenclatura científica. Don Francisco del Paso y Troncoso, miembro ilustre de esta Academia y autoridad, como quien más pueda serlo en lo que va del siglo que termina, no sólo en la lengua de los nahuas, sino en su botánica, nos dice al respecto: "La nomenclatura de los nahuas podía reputarse mucho más perfecta que la que en aquel tiempo usaban otros pueblos (...); los indios tenían un tino extraordinario en sus denominaciones"; [8] es "una nomenclatura sistemática que tiene grandes analogías con la que

[8] *La botánica de los nahuas y otros estudios,* ed. Pilar Máynez, SEP, 1988, p. 33.

la ciencia moderna usa desde la época de Linneo"; [9] "mientras que la civilización ultramarina nada había podido fundar en punto a clasificación, la civilización americana había bosquejado aquel ramo de la ciencia y echado los cimientos de su nomenclatura". [10]

¿Consideraba, entonces, Santamaría, un defecto en el habla común el que se acercara ésta a la exactitud de la expresión científica? ¿Era deseable más bien que se mantuviera en la ambigüedad? Sería absurdo, desde luego, pretender tal cosa. Son otras las razones que lo llevan a la posición que asume; no parece haber conocido el trabajo de Paso y Troncoso, a quien no menciona en su bibliografía. Reconoce que se dice jitomate "en el centro y norte del país", pero el que González Peña llamaba "tomate académico" resulta que "es el tomate típico del sureste, principalmente de Tabasco". [11] Santamaría es tabasqueño, se niega a seguir el uso del centro y alega que "la ciudad capital del país o la región que fue asiento principal del imperio azteca, no forman todo México ni son todo el país". [12] Muy cierto es esto, pero también es mucho pedir que, en materia de nahuatlismos, los mexicanos hayan de seguir el uso del sureste, de los xicalancas y cimatecas.

[9] *Ibid.*, p. 153.
[10] *Ibid.*, p. 172.
[11] *S. v. jitomate.*
[12] P. 1070.

La razón, pues, por la que Santamaría defiende aquí a la Academia, no parece ser otra que el hecho de que, por esta vez, aquélla coincide con el uso de Tabasco.

No creo, por mi parte, que tenga mucho sentido romper lanzas contra los que llaman tomate al que yo le digo jitomate. Tienen a su favor, repito, gran parte de la publicidad, y estamos en tiempos de libre comercio y de lenguaje más libre, aún, si se puede; sólo quiero aclarar el punto referente a la "poco evolucionada" lengua náhuatl.

Muy ilustrativo resulta, con respecto a géneros y especies, ver lo que pasa con el latín, no el de los botánicos, lengua hechiza y de gabinete, sino la hermosa lengua viva de antaño, el decantado áureo latín que tan a menudo oímos encomiar. En él, pues, el género, pongamos por caso, sería *malum*, la manzana, y luego vendrían, como especies, el *malum cydonium* (manzana de Creta, el membrillo), cosa que parece muy razonable, dada su evidente semejanza, pero después tendríamos el *malum persicum* (manzana de Persia, el durazno, o para ser exactos, el albérchigo), que ya, con su único hueso rugoso en vez de varias semillas, no parecería en absoluto aceptable como especie de la manzana, y seguirían en la lista el *malum punicum* (manzana de Cartago, la granada) y hasta el *malum medicum* (manzana de Media, el limón). Es cosa de risa, desde luego, llamar a los tres últimos frutos especies de manzanas, y queda cla-

ro que el latín clásico es, entonces, mucho más genérico que el náhuatl, es decir, mucho menos evolucionado que la lengua de nuestros viejos según la doctrina de Santamaría; pero según su lógica, el limón o la granada seguirían siendo manzanas "a la luz de las denominaciones mismas, que incluyen el nombre genérico." Creo que huelgan más comentarios, y que resulta evidente que la defensa, no de la Academia, sino del habla de su tierra, ha llevado aquí al absurdo a nuestro lexicógrafo.

Un caso semejante en todo produce, sin embargo, resultados diametralmente opuestos; me refiero al problema de la palabra *cacahuate;* como es sabido, la Real Academia recogió, desde hace más de un siglo, la forma *cacahuete;* don Joaquín anota con su acostumbrada sobriedad: "esta última forma es aquí desconocida" y, en mi opinión, no habría más que decir. Pero Santamaría nos dice que tal cosa es un disparate, un despropósito; [13] en el artículo *cacahual,* "terreno poblado de cacaos", anota: "no puede entenderse por qué el *Diccionario* de la Academia sigue consignando este disparate, como el de *cacahuete,* que nadie dice, por *cacahuate;* el sitio poblado de cacaos (árboles) no puede ser sino *cacaotal.*" Y si el colombiano Revollo dice que en *cacaotal* "está de más la *t*", replicará Santamaría que el dicho de Revollo es un baturrillo. ¿Por qué habría de ser

[13] S.v. *cacahuate y cacahuatal.*

un baturrillo? La terminación española para los abundanciales es *al* y no *tal;* decimos *breñal, jaral, parral,* y no breñatal, jaratal, parratal. Aceptada en español la palabra *cacao,* su derivado es, lógicamente, *cacahual.* ¿Dónde está el disparate y el baturrillo? Desde luego, en Santamaría; en la palabra que él defiende, *tal* no es terminación española de abundancial, sino el elemento náhuatl *tlalli,* tierra, y era demasiado pedir que supiera náhuatl Revollo cuando Santamaría, más obligado a ello en todo caso, por ser mexicano, lo desconoce. La palabra original es *cacahuatlalli,* tierra de cacao, y *cacáhuatl,* su primer elemento, de donde nuestro *cacahuate,* es el cacao.

Estamos aquí pues, una vez más, ante un genérico que muchos, y con ellos Santamaría, se rehúsan a especificar. El específico era *tlalcacáhuatl,* en español de México *talcacahuate,* palabra que seguramente pocos habrán oído y, según anota Santamaría, "por síncopa de la cual resultó *cacahuate*" donde una vez más está disparatando, pues *cacahuate* no es tal síncopa, sino aféresis de *talcacahuate.* Mas pasemos ya a considerar la forma *cacahuete,* objeto principal del ataque de nuestro lexicógrafo.

Toda la diferencia entre la forma recogida por la Academia y la usual en México está en que, en la penúltima sílaba, tenemos en aquélla una *e,* en ésta una *a;* de ahí la indignación incontenible de Santamaría, que sin embargo no objeta en absoluto, por ejemplo, la forma *ayecote* frente a

ayacote, ni aun una tercera vocalización, *ayocote,* esta última sin base en el náhuatl; tenemos *escamole,* derivado de *azcamolli;* hallamos en el náhuatl mismo las variaciones *chían / chíen* (la chía), *miac / miec* (mucho), *ayamo / ayemo* (aún no), el verbo *mama / meme* (cargar) nos da *pilmama* (niñera) y por otra parte *tameme* (cargador); está *tenate,* "usual principalmente en Tabasco", según reconoce Santamaría, frente a *tanate.* Sería necesario estar seguros de que no se daba una variación semejante en la palabra *cacáhuatl* para afirmar con toda seguridad que la forma académica es un disparate.

En los siete casos hasta aquí vistos, el cambio en la vocalización no afecta al significado. Consideremos ahora una segunda posibilidad, en que sí lo afectaría. Pensemos en *cacáhuetl* como un compuesto en que la parte final se entendiera como *etl,* frijol, y cuyo significado sería, entonces, frijol del cacao; de tal palabra derivaría perfectamente el *cacahuete* académico. Y es de notar aquí que en inglés a la semilla del cacao se le dice, precisamente, *cocoa bean,* frijol del cacao.

Los informantes de Sahagún, en el caso del cacao, atendieron más bien que a la forma de la semilla, al hecho de darse ésta en mazorca, para hablar de maíz del cacao, *cacahuacintli,* que no es realmente en náhuatl, por tanto, un tipo de maíz, sino la semilla del cacao.[14] Es obvio, sin embar-

[14] *Códice Florentino,* XI, 123 r.

go, que la semejanza de tal semilla es mayor con respecto al frijol que al maíz, ya por el hecho mismo de ser las dos primeras dicotiledóneas, mientras que la del maíz es monocotiledónea. Pudieron, debieron darse, creo, de parte de otros indios observaciones más sagaces que las que en este punto nos dejaron los informantes de Sahagún. Paso y Troncoso nos dice: "La ciencia nada habría perdido, ni los conquistadores tampoco, si se hubieran asimilado la facultad de observación propia de los indios y su genio clasificador". [15] Pero también él nos dice que "los que comunicaron a Hernández las noticias que éste compiló en su obra, no siempre habrán tenido la curiosidad de informarle con precisión sobre un asunto al que no darían quizá grande importancia". [16] El mismo Hernández se queja amargamente de esto en su preciosa epístola en hexámetros latinos a don Benito Arias Montano: [17]

Non refero Indorum consortia perdita, fraudes
nec canimus tantas, dira aut mendacia, queis me
non semel incautum lusere, ac verba dederunt
insigni cura vitiata, industria et arte,
et quoties vires plantarum et nomina falsa
quarumdam accepi fallaci interpretis usu.

(No refiero aquí de los indios los malos
[acuerdos

[15] *O. l...*, p. 173.
[16] *Ibid.*, p. 168.
[17] Versos 56-61.

ni tantos fraudes menciono o terribles embustes
con que no sólo una vez me burlaron incauto,
diciéndome cosas con gran cuidado fingidas,
con industria y con arte, ni cuántas veces me
[dieron
de tal o cual planta falsas virtudes y nombres.)

Cuidado, pues, con los informantes; que otros indios hayan hecho, en casos así, observaciones más certeras es, de todos modos, algo de lo cual podemos estar ciertos. Piénsese, por ejemplo, que a la semilla de calabaza, dicotiledónea como el cacao, se la llamaba *ayoetli,* es decir, frijol de calabaza; no lo busque el lector en un diccionario náhuatl ni en uno de mexicanismos, porque no está; se encuentra en la *Crónica de la Nueva España,* de Francisco Cervantes de Salazar; [18] un *cacahuetli,* entonces, no se excluye de ningún modo como etimología del cacahuete de la Academia.

Cabe todavía una tercera posibilidad. Recibida la palabra *cacao,* había que crear un nombre específico para el cacao rastrero, es decir para el que ahora llamamos en México cacahuate, en náhuatl, como hemos dicho, *tlalcacáhuatl;* el significado del prefijo *tlal,* nos dice Paso y Troncoso, es *rastrero, humilde;* [19] en consecuencia, en sus propias palabras, "señalaba también la poca eleva-

[18] I, VL.
[19] O.I., pp. 80, 99.

ción del eje aéreo," la pequeñez del árbol; tenemos por ello, en la obra de fray Juan Navarro, [20] palabras como *tlalayotli,* calabaza chica, *tlallanxóchitl,* poleo chico, *tlalcapolin* cerezo chico. [21]

En la nomenclatura griega se da un fenómeno análogo; *chamai* quiere decir, como prefijo, exactamente lo que *tlal:* rastrero, y hallamos así, de *drys,* encina, *chamaédrys,* encina chica, que no es tal encina, desde luego, sino una yerbezuela medicinal, usada entre otras cosas para la vista o como abortivo; [22] el prefijo, nos dice Carnoy [23] se usa constantemente para decir *pequeño;* en algún caso hay total coincidencia con el náhuatl, como en *Tlalcapolin,* que acabamos de ver, y que corresponde exactamente a *chamaecérasos.*

Tratándose, pues, de diferenciar del cacao real la especie rastrera, aunque tan cacao deba ser una como otra, según el pensamiento de Santamaría, se habrá optado en algún momento por un sufijo diminutivo, pues se trataba de la especie chica, y se habrá escogido *ete,* para añadirlo a la palabra *cacao,* con lo que tenemos perfectamente formado, según las reglas clásicas de la nomenclatura de aquí y de allá, el cacahuete *académico;* un caso del

[20] *Historia natural o jardín americano,* UNAM, México, 1992.

[21] P. 225.

[22] *Cfr.* Margaret Thompson, *Textes grecs inédits relatifs aux plantes,* Les Belles Lettres, París, 1955, p. 84.

[23] *Dictionnaire étymologique des noms grecs de plantes,* Louvain, 1959, p. 74.

todo semejante lo hallamos en el *tlalcapolin (Rhamnus humboldtianus),* que lo mismo puede decirse *tlalcapulín* que *capulincillo,* es decir que es intercambiable el prefijo náhuatl *tlal* con el sufijo diminutivo español. No se puede, entonces, de ningún modo, hablar en el caso, con la suficiencia que se arroga Santamaría, de disparate de la Academia.

Cuando realmente fuera tal, mejor es decir, como nuestro máximo gramático, Rafael Ángel de la Peña en casos semejantes: "Bien puede acaecer que en tarea tan extremada, alguna vez flaqueen las fuerzas o lleguen a faltar por completo; de aquí los yerros y deficiencias inevitables que se advierten en este linaje de obras, pero que alcanzan fácilmente la indulgencia de los sabios". [24]

Santamaría dice [25] que "la Academia desbarra cada vez que se mete en cosas de América, y sobre todo en nuestras lenguas indígenas". ¿Hasta qué punto podía él juzgar de este último género de desbarros, vinieran o no de la Academia? Con respecto a la palabra *michuacano,* anota: "Gentilicio, por *michoacano,* única forma usual. Es disparate, lo mismo que *mechiacano.*" El segundo, y único indudable disparate, *mechiacano,* me parece que no existe más que en la obra de Santamaría; en todo caso, jamás lo oí de nadie ni lo he hallado escrito en autor alguno; nuestro lexicógrafo ha-

[24] *Memorias de la Academia Mexicana,* III, México, reed. 1975, p. 14.
[25] Art. *tomate.*

brá querido decir *mechuacano,* que ya es otra cosa. Los dos *disparates* serán entonces *michuacano* y *mechuacano;* veámoslos cuidadosamente.

Empezaré con el último, por ser más alejado de la "única forma usual" que dice Santamaría; en efecto, tiene en la primera sílaba una *e* en vez de una *i;* esto sucede porque tal variación se da en el náhuatl mismo, de donde viene la palabra examinada, por ejemplo, en *elnamiqui* por *ilnamiqui,* recordar;[26] de ahí que don Vasco de Quiroga, primer obispo de aquellas tierras, escribiera *Mechuacán,* aun en escritos tan formales como la bula de erección de su catedral[27] o la famosa *Información en derecho.*[28] Asimismo Cervantes de Salazar, nuestro primer cronista, ya mencionado, rector dos veces de la Universidad de México, escribe siempre *Mechuacán,* basándose en su maestro, fray Alonso de la Veracruz, provincial que fue de los agustinos en aquellas partes, y uno de los fundadores de dicha Universidad.[29] ¿Disparatarían de veras el obispo y el provincial, tan sabios como eran, con respecto al nombre mismo de su obispado y su provincia? Luego vienen los

[26] *Cfr.* Thelma Sullivan, *Compendio de la gramática náhuatl,* UNAM, México, 1976, p. 17.

[27] J. J. Moreno, *Fragmentos de la vida y virtudes del V. Ilmo. Rmo. Sr. Dr. D. Vasco de Quiroga,* ed. R. Aguayo Spencer, Polis, México, 1940, pp. 100, 117.

[28] Ed. José Luis Soberanes, Miguel Ángel Porrúa, México, 1986, p. 116.

[29] *Crónica,* I, xxiv.

gramáticos franciscanos; fray Maturino Gilberti, en su *Arte,* de 1558, escribe *Michuacán;* en su *Vocabulario* del año siguiente, *Mechuacán,* quince años después, en el *Arte* de fray Juan Bautista de Lagunas, hallamos *Michuacán,* es decir, exclusivamente las dos formas que condena Santamaría. ¿Disparataron también entonces los ilustres lingüistas que siguen siendo nuestra máxima autoridad en el idioma de aquella región?

La respuesta ha de ser, a lo que creo, rotundamente negativa; el disparate es Michoacán, con *oa* en la segunda sílaba, digámoslo así, sólo que es un disparate que lleva más de doscientos años de ser prácticamente oficial y que es, por ende, dificilísimo de combatir; sería luchar contra todos los mapas y todos los despachos de gobierno, y más vale dejarlo.

Pero observemos de pasada, con respecto a esa segunda sílaba, que *oa* no es diptongo en nuestra lengua, ni según la Academia,[30] ni según nuestro ilustre gramático Rafael Ángel de la Peña, arriba citado;[31] por tanto, las vocales *oa* constituyen dos sílabas y, a pesar de ser la grafía oficial, en lo que llevo de vida no oí jamás a nadie tan pedante, y vaya que conozco a muchos, que pronunciara *Michoacán* con cuatro sílabas y *michoacano* con cinco, sino siempre con tres y cuatro respectivamente, es decir, diptongando *(hua)* y no separando

[30] *Gramática,* para. 493 a.
[31] Para. 1820.

(oa). La "única forma usual" lo es, pues, sólo en los papeles, y ello debido a su oficialidad, no a estar mejor fundada que aquellas que Santamaría, sin razón, juzga disparates, y que son absolutamente correctas.

Al comentar la voz *tezqui,* "la molendera y tortillera", cita Santamaría como autoridad a Molina, pero añade de su cosecha: "VAR.: *texqui,* tal vez más propio, puesto que todo procede de *tlaxcal,* tortilla." Es decir, Santamaría le está enmendando la plana sin ningún miramiento al mismísimo fray Alonso; y desde luego, lo hace muy mal. ¿Quién le habrá dicho que, en el caso, "todo procede de *tlaxcal,* tortilla"? *Tlaxcalli* viene del verbo *ixca,* cocer, que lo mismo que a dicha tortilla puede aplicarse a un huevo, a un ladrillo o a una pieza de cerámica que, desde luego, no se muele;[32] *tezqui,* en cambio, se deriva de *teci,* moler; son dos cosas distintas, y Santamaría sencillamente está confundiendo un verbo con otro.

Pero con la misma facilidad con que confunde un verbo con otro en un mismo idioma, confunde (¡faltaba más!) un idioma con otro. Al mencionar en su *Diccionario* el riquísimo *caldo michi,* explica: "del tarasco *michi,* pescado." ¡No, por favor! Aunque Michoacán sea lugar de pescado, no es palabra tarasca; *michi* es pescado en náhuatl; en lengua michoacana se dice *curucha.* No era, pues, Santamaría, persona en modo alguno

[32] *Cfr.* Rémi Simeón.

calificada para regañar a la Real Academia por meterse "en nuestras lenguas indígenas."

Muy sabiamente escribió, respecto a todo este embrollado asunto, nuestro Icazbalceta: "Cambiamos, añadimos o suprimimos letras, mudamos los géneros, y aun decimos verdaderos disparates con maravillosa uniformidad";[33] en otro pasaje dice que "esa conformidad en disparatar es punto digno de estudio",[34] si bien no hemos de "calificar rotundamente de disparate cuanto se usa en América".[35] Ponderación y sobriedad de veras admirables; es el pasar de allí lo que nos lleva a los lastimosos excesos que hasta aquí hemos visto.

Háblanos también don Joaquín de "la errada creencia de que estos provincialismos son tomados, en su mayor parte, de las lenguas indígenas";[36] muchísimos de ellos son puramente españoles, aunque ya del todo olvidados en su tierra de origen, son "voces antiguas sepultadas en escritos de épocas remotas".[37] Voy a dar un solo ejemplo de mexicanismo de este género: la expresión *a huevo*, "comunísima —como dice Santamaría— entre la gente malhablada." Es el caso que, atendiendo a su origen, hasta el más bien hablado podría usar de ella, según mostraré ahora.

[33] *Vocabulario*, p. XI.
[34] *Ibid.*, p. XIV.
[35] *Ibid.*, p. XIII
[36] *Ibid.*, p. IX.
[37] *Ibid.*, p. X.

Existe en latín la frase *opus est,* que quiere decir que algo es necesario; de ahí, en la época del *Cantar de mio Cid* la expresión *ser huebos* (una cosa), ser necesaria; *mucho es huebos,* es muy necesario;[38] *aver huebos,* tener uno necesidad de una cosa, como dice un judío [39] en el Cantar: *Nos huebos avemos en todo de ganar algo. Huebos* es, entonces, el latín *opus* con diptongación de la *o* breve y sonorización de la *p,* fenómenos ambos perfectamente normales en el paso de aquella lengua al castellano.

Pero hay otros dos fenómenos que hemos de explicar para allanar el camino de la frase cidiana a la forma usual en México, vale decir, prótesis de la *a* con que empieza y apócope de la *s* que ha desaparecido.

En cuanto a lo primero, ya en la época del Cantar, algunos adverbios habían empezado a tomar dicha *a* protética, como *adelante* en vez de *delante,* el desaparecido *abés* del latín *vix,* apenas; otros, como *además,* o como el extinto *adamidos,* de *amidos,* involuntariamente (latín *invitus),* la tomarán después de la época del poema.

Por lo que hace a la pérdida de la *s* final, tenemos un desorden absoluto en el primitivo castellano; sucede que, mientras adverbios que no la

[38] Ramón Menéndez Pidal, *Cantar de mio Cid, texto, gramática y vocabulario,* Espasa Calpe, Madrid, 1964, pp. 888, sq.

[39] Verso 123.

tenían, la toman, como *ante, apena, estonce, mientra,* otros, como *fueras,* la pierden por lo general, caso este que había de afectar particularmente al adverbio *huebos,* por ser en su origen *opus* un sustantivo neutro singular, pues como dice Vicente García de Diego,[40] en tales voces "la *s* se ha eliminado por parecer signo de plural", aunque añade: "no tuvo tiempo de perderse (la) *s* en *opus,* ant. *huebos.*" Desde luego que no está tomando en cuenta nuestro mexicanismo *a huevo,* que nos enseña que sí tuvo tal tiempo en algún lugar de España, que esperamos con el tiempo mismo llegue a averiguarse.

De hecho, en el adverbio *fueras* hallamos precisamente los dos fenómenos, prótesis de *a* y apócope de *s* para llegar a la forma común *afuera,* justo como en *huebos* para llegar a decirse *a huevo.* Lo correcto sería, entonces, escribir la locución en una sola palabra y con *b* en lugar de *v* para apegarnos más a su etimología.

Pero ya, digamos que *ahuebo,* aun sin ser malhablados, hay que dar fin a este prolijo discurso. Ojalá no se muestre quien lo ha pronunciado indigno sucesor del buen conde de Heras y de aquel sabio descendiente suyo, don Ignacio Bernal, al sucederles en la silla que ocuparon en esta Academia.

40 *Gramática histórica española,* Gredos, Madrid, 1970, p. 210.

ÍNDICE

Salvador Díaz Cíntora. Discurso de ingreso a la Academia Mexicana 5

Antonio de Valbuena 11

De tomates, cacahuates y otros disparates, editado por la Dirección General de Publicaciones, se terminó de imprimir en la Imprenta Universitaria en noviembre de 1996. Su composición se hizo en tipo Old Style 10:11, 9:10 y 8:9 puntos. La edición consta de 500 ejemplares en papel Cultural de 44.5 Kg.